

AMADÍS DE GAULA: UN HÉROE PARA EL SIGLO XXI¹

José Manuel Lucía Megías

Universidad Complutense de Madrid /CEC

www.ucm.es/info/romanica/lucia.htm

*A Ruth Fine,
“dama bizarra” en el universo cervantino*

RESUMEN: Los libros de caballerías constituyen, sin lugar a dudas, el género narrativo de más éxito durante el siglo XVI y buena parte del siglo XVII. En este trabajo se analizan algunas de las claves que explican esta continuidad en su lectura y escritura en una época que vio trastocados sus principios. Se intenta mostrar cuál puede ser la perspectiva desde la que se pueden leer este género durante nuestro siglo XXI, tan alejado del momento político, social y cultural que le vio nacer. Pero los libros de caballerías cuentan historias de héroes y sobre estos valores caballerescos puede entenderse mejor la finalidad de estas obras, tanto en el pasado como en el presente.

PALABRAS CLAVE: libros de caballerías, Amadís de Gaula, lectores, difusión, pervivencia de un género.

ABSTRACT: Chivalry books are the most successful narrative genre throughout the sixteenth and most of the seventeenth centuries. This article analyses some of the clues which explain their success among readers and writers at a time where the principles which guided their composition changed. It also aims to show the perspective from which they can be read in the twenty-first century, a time extremely far from the political, social and cultural moment in which they originated. Yet, chivalry books tell stories about heroes and these heroic values provide the key to a better understanding of the objectives of these texts both in the past and in the present.

KEY WORDS: Chivalry books, Amadís de Gaula, readers, difusion, genre continuity.

Una de las últimas críticas a la lectura de los libros de caballerías se publica en Madrid en 1666. Aparece en la *Historia moral del Dios Momo*, de Benito Remigio Noydens, que lleva por subtítulo el esclarecedor texto: “Enseñanza de príncipes y súbditos y destierro de novelas y libros de caballerías”. En el prólogo, recuerda un

¹ Este trabajo se enmarca dentro del proyecto de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia: *Digitalización de la Gran Enciclopedia Cervantina*. HUM2006-06393, y como actividad de los grupos de Investigación: Grupo de estudios de prosa hispánica bajomedieval y renacentista de la Universidad Complutense de Madrid y del Seminario de Filología Medieval y Renacentista de la Universidad de Alcalá: CCG06-UAH/HUM-0680. Una primera versión de este trabajo fue leído en el Coloquio Internacional “El *Amadís* en Jerusalén, quinientos años después”, celebrado en la Universidad Hebrea de Jerusalén el 14 de diciembre de 2008. Agradezco a los organizadores su invitación y los inolvidables días que allí pasé.

episodio que nos ilustra cómo a estas alturas del siglo XVII, más de cincuenta años después de escrito y publicado el triunfante *Don Quijote de la Mancha*, los libros de caballerías siguen siendo lectura habitual en las habitaciones femeninas. La cita es conocida, pero vale la pena volver una vez más sobre ella:

No miren las doncellas a los que las miran dos veces, y cuando no pueden retirarse de la conversación con la modestia de su rostro, con la madurez de sus acciones y atención a sus palabras, detengan sus afectos, y estorben sus atrevimientos; huyan de los libros, de las novelas y caballerías, llenos de amores, estupros, de encantos y estragos. Son unas píldoras doradas, que con capa de gustoso entretenimiento lisonjean los ojos, para llenar las bocas de amargas y tosigar el alma de veneno. Yo me acuerdo haber leído de un hombre sumamente vicioso que, hallándose amartelado de una y sin esperanza de conquistarla, por fuerza se resolvió a cogerla con engaño y maña y, haziéndola poner los ojos de uno d'estos libros con título de entretenimiento, le puso en corazón tales ideas de amores que, componiéndola a su exemplo, descompusieron en ella y arruinaron el honesto estado de su recato y de su vergüenza.²

Valga esta cita para mostrar el éxito del que aún gozaban los libros de caballerías más allá de mediados del siglo XVII; un género que había nacido a finales del siglo XV y que durante el XVI, el siglo de su éxito, bien puede definirse como un género europeo, el gran *best-seller* de las prensas hispánicas. Pero antes de adentrarnos en las claves que permiten comprender la pervivencia del mismo más allá de un siglo, un siglo tan especial al que conocemos como “Siglo de Oro”, detengámonos un momento en la radiografía de este éxito, en algunas cifras y datos que nos permitan tener conciencia de una difusión hasta entonces impensable para un género narrativo.

1. “LA IMPRENTA ES UN EJÉRCITO DE SOLDADOS DE PLOMO CON QUE SE PUEDE CONQUISTAR EL MUNDO”

El éxito de los libros de caballerías desde finales del siglo XV hasta los primeros decenios del siglo XVII no puede entenderse sin tener en cuenta la nueva tecnología de transmisión que triunfa en este momento: la imprenta, que de un arte (la época incunable) terminará por convertirse en una industria; una industria que gozará en la Península Ibérica de un cierto esplendor en la primera mitad del siglo XVI. La

² Cito por el libro de Elisabetta Sarmati, *Le critiche ai libri di cavalleria nel Cinquecento spagnolo (con uno sguardo sul seicento). Un'analisi testuale*, Pisa, Giardini Editori, 1996, p. 179. Es el último de los textos que ofrece en su magnífica y completa antología.

industria editorial europea se organiza a partir de grandes centros editoriales vinculados a determinadas ciudades (Colonia, Lyon, Amberes o Venecia) y, sobre todo, de complejas redes comerciales de librerías que desde Alemania y Francia, principalmente, irán extendiendo sus influencias a lo largo y ancho de la industria editorial europea. La base de este floreciente comercio, de esta importante industria –que jugará un papel determinante en las luchas religiosas que convulsionarán toda la centuria– tiene un nombre: “el libro internacional”, es decir, aquella publicación en latín que trata sobre materias universitarias, científicas, religiosas, teológicas, litúrgicas, de derecho... Libros que gozaban de un comercio universal y que, gracias a las redes de librerías que se habían tejido por toda Europa, llegaban a los mercados hispánicos a un precio más económico del que podrían ofrecer los impresores y editores españoles. De este modo, ajenos a este floreciente negocio editorial, las imprentas hispánicas intentaron sobrevivir siguiendo dos estrategias comerciales diferentes: por un lado, la edición de obras vernáculas, en especial en castellano y en catalán; y por otro, la especialización editorial de los centros editoriales, e incluso de determinados talleres de impresión dentro de una misma ciudad. Así, no extraña que tan sólo en época incunable la producción de obras vernáculas en los diferentes talleres hispánicos supere el 50%, frente a lo que sucede en otras industrias editoriales europeas en este mismo período: el 21% para Italia, el 24% para Alemania o el 35% para Francia.

Y dentro de esta tendencia, destacan –dejando al margen las religiosas, que seguirán constituyendo el núcleo central de producción– los libros de caballerías castellanos³, de los que llegaron a escribirse y difundirse más de ochenta textos diferentes desde finales del siglo XV, donde se sitúa el incunable de los cuatro libros de *Amadís de Gaula*, refundidos por Garci Rodríguez de Montalvo, hasta años posteriores a 1623, cuando debió terminarse de escribir la *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros*, que sólo se transmitió de modo manuscrito⁴. Y de estos textos se realizaron centenares de reediciones, por lo que bien puede asegurarse que no hay ciudad editorial, no hay taller hispánico que no se haya acercado a los libros de caballerías en algún

³ E incluso podríamos ampliar el influjo económico a la Materia caballerescas, en especial a las “Historias caballerescas breves” (en formato cuarto) y al “Romancero” (que se difundía en pliegos de cordel), que permitía acceder a un público mucho más popular y permitía mantener siempre activas las prensas sin tener que asumir una gran inversión económica en papel. Para una visión general de la Materia caballerescas, puede consultarse ahora, José Manuel Lucía Megías (ed.), *Amadís de Gaula, 1508: quinientos años de libros de caballerías*, Madrid, Biblioteca Nacional de España, 2008.

⁴ Para un listado completo de los mismos, véase el Apéndice 1.

momento, ya que constituían un éxito (casi) asegurado. El cuadro 1 viene a ofrecernos las cifras de esta difusión.

CIUDAD	FECHAS	Nº TALLERES	Nº EDICIONES	Nº PRINCEPS	%
ALCALÁ DE HENARES	1563-1588	6	12	2	17%
BARCELONA	1531-1576	3	3	3	100%
BILBAO	1585	1	1	0	0%
BURGOS	1498-1587	7	10	4	40%
CUENCA	1530	1	1	1	100%
ESTELLA	1564	1	2	0	0%
MEDINA DEL CAMPO	1535-1586	4	9	2	22%
SALAMANCA	1510-1575	5	10	7	70%
SEVILLA	[1496]-1586	13	77	12	15%
TOLEDO	1515-1580	9	23	12	52%
VALENCIA	1516-1540	5	8	7	88%
VALLADOLID	1501-1602	7	11	9	82%
ZARAGOZA	1508-1623	11	14	2	14%

Cuadro 1: Talleres de impresión hispánicos de libros de caballerías

Dada la estrecha relación que existe entre la industria editorial y los textos caballerescos, no extraña que algunos de ellos no sean más que “productos comerciales”, peticiones editoriales para dar respuesta a la demanda de nuevos textos o a las continuaciones de aquellos que gozaron de un determinado éxito. Así lo veremos en las primeras décadas del siglo XVI, cuando los editores tienen que “disfrazar” con los ropajes editoriales de los libros de caballerías textos medievales o crónicas para así poder ofrecer “novedades caballerescas” que se estaban demandando; o también así podemos entender la escritura de algunas continuaciones de ciclos con un determinado éxito. En 1587 Juan Íñiguez de Lequerica termina de imprimir en Alcalá de Henares la tercera parte del *Espejo de príncipes y caballeros*, escrita por un tal Marcos Martínez. En 1580, había impreso la primera parte, a costa de los libreros Blas de Robles y Diego de Xaramillo, y al año siguiente la segunda. Había, por tanto, un público universitario deseoso de conocer el desenlace de las aventuras del Caballero del Febo y de sus descendientes, y la propuesta debió gustar porque al año siguiente de ver la luz la continuación, en 1588 se vuelve a reeditar la tercera parte en las prensas de Juan Íñiguez de Lequerica, en este caso, a expensas de Diego Martínez, “mercader de libros”, que quizás haya que vincular directamente con el autor de esta continuación, Marcos Martínez. Como sucede en otros casos, parece claro que algunos de los textos caballerescos no debemos estudiarlos como fruto del deseo de sus autores por adentrarse en las posibilidades narrativas del género sino como meros productos

comerciales que tenían una única finalidad: ofrecer en el plazo menor posible un texto que pudiera aprovecharse del éxito de las aventuras narradas en las partes anteriores del ciclo.

2. LA OTRA CARA DEL ÉXITO DE LOS LIBROS DE CABALLERÍAS: LOS MIL Y UN LECTORES

El éxito perdurable de los libros de caballerías a lo largo del siglo XVI y de las primeras décadas del siglo XVII lo encontramos también en los diferentes testimonios de lectores y lecturas durante este período. Ya estamos lejos de esa idea de que los libros de caballerías, muy cercanos a la nobleza en la primera mitad del siglo XVI, fueron despreciados por esta durante el reinado de Felipe II, explicando la pervivencia de los libros de caballerías tan solo en ambiente y lectores más populares. Muchos son los datos que permiten comprobar cómo durante el reinado de Felipe II la nobleza castellana, la de más alto rango, seguía disfrutando de las historias caballerescas, aunque en ellas buscara ahora más entretenimiento y menos aprendizaje que a principios de la centuria.

De 1572 se datan las cartas que se envían doña Magdalena de Bobadilla y don Juan de Silva, Conde de Portalegre, dando noticias de las novedades de la corte en Miraflores. Crónica social en clave, ya que sus nombres y los de otros cortesanos se encubren bajo los de los personajes de *Amadís de Gaula*, como se aprecia al inicio y al final de la misiva de Magdalena:

La saudosa Corisandra, a su caballero D. Florestán salud le envió.

Si en la falta de la mía hallarla pudieres, pues por otras cartas habrás sabido será su causa, sólo diré en ésta lo que ha pasado después que llegamos a Miraflores, que se pasa el tiempo en matar venados y coger flores y escoger entre ellas las que llaman pensamientos y no tenerle de cosa que dé pesadumbre. Mabilia por librarse de ella hizo tantas suertes en D. Grumedán que determinó mudarse a Olinda la Mesurada, y para ponerle por obra, encerrose con su amigo D. Gavilán el Cuidador, y con todos los desfavores que Mabilia le hacía, muy recatado de que no le oyesen, acertó a llegar Durín y oyó decir a D. Grumedán: “Ya no hay fuerzas para sufrir las sinrazones de la señora Mabilia. Debe pensar que tengo años para sufrillo, y engañase, y yo estaría más si porfiase a querer a quien no me quiere”... y tras esto otras cosas, que vinieron a parar en que se quería mudar a Olinda y que aquel día había venido con ella y le había contentado mucho y se lo había dado a entender. D. Gavilán le respondía que se le pasaría el enojo. Durín fue a reír este cuento con la señora Estrelleta y ella avisó a Mabilia de que Olinda y Grasinda, que son grandes amigas, andaban muy victoriosas pensando que esto era hacerles tiro, y por estorbarles este gusto determinaron que no pasase adelante, y así Mabilia habló a D. Grumedán, y él fue tan pagado que quedó como solía. [...]

Otro día convidó la Duquesa de Gales a su prima Mabilia, Estrelleta, Leonoreta y Grumela, después de comer los criados del Príncipe de Hungría, y ellas echaron suertes por los ausentes. No sé cómo les salieron porque no me hallé allí.

Esto es lo que hasta ahora ha pasado, y lo que más hubiere avisaré.

De la señora Oriana no se habla porque no hay Amadís. (BNE, Cerv. ms. 981, fol. 269v-270v).

La nómina de lectores ilustres de estos libros se abre siempre con la realeza, con la reina Isabel la Católica en cuyo poder obran varios libros artúricos, seguida de Carlos V e Isabel de Portugal, ambos al parecer grandes aficionados según las anécdotas recogidas por Luis Zapata en su *Miscelánea*, como la que tiene como protagonista a Doña María Manuel, una de las damas de la emperatriz, que se encargaba de leer libros de caballerías al emperador Carlos V y a su mujer durante la siesta. Un día, comenzó su lectura con las siguientes palabras

“Capítulo de cómo don Cristóbal Osorio, hijo del Marqués de Villanueva, casaría con Doña María Manuel, dama de la Emperatriz, reina de España, si el Emperador para después de los días de su padre le hiciese merced de la encomienda de Estopa”.

La escena, llena de intención, terminará con un final feliz, de corte caballeresco:

El Emperador dijo:

-Torna a leer ese capítulo, Doña María.

Ella tornó a lo mismo, de la misma manera, y la Emperatriz añadió, diciendo:

-Señor, muy buen capítulo y muy justo es aquello.

El Emperador dijo:

-Leed más adelante, que no sabéis bien leer, que dice: “Sea mucho enhorabuena”.

Entonces ella besó las manos al Emperador y a la Emperatriz por la merced.

La afición por los libros de caballerías del emperador Carlos V la heredan sus hijas, pues la princesa doña Juana, tras sus conversaciones espirituales con San Ignacio de Loyola, toma el firme propósito de hacer un “escrutinio” de los libros de caballerías de que estaba atestada la biblioteca de Palacio, sin embargo, quizá sus consejos nunca desterraron por completo la afición en la casa real y, pocos años después, Feliciano de Silva dedica a su hermana María de Austria la *IV parte de Florisel de Niquea* (1551) y Beatriz Bernal, a su hermano, el príncipe Felipe, su *Cristalián de España* (1545). La generación de Felipe II sigue apasionándose por estas lecturas y la reina Isabel de Valois y sus damas, recurrían al alquiler para hacerse con ejemplares caballerescos. Antonio de Torquemada dedicará también su *Olivante de Laura* (1564) al rey Felipe II, y lo hará alabando la lectura:

¿Y qué cosa hay más digna de ser leída de los reyes que la historia, de la cual tantos avisos y ejemplos de virtud, así civil como bélica, así para la paz como para la guerra, se sacan? Como aun V. M. puede ver por esta dulce historia de Olivante de Laura, que entre otros libros antiguos de Francia truje, y la hice traducir de lengua griega en castellana,

pareciéndome que era digna de venir a las reales manos de V. M. porque con ella tuviese alguna recreación y entretenimiento entre tan grandes y justas ocupaciones como V. M. tiene en la administración de tantos reinos y señoríos, y en la defensión de la santa fe católica. Es historia muy dulce y apacible y llena de cosas muy hazañosas y de varios acaecimientos y hechos casi increíbles de príncipes de gran valor y ánimo.

Lecturas en voz alta, lecturas y diversiones cortesanas, y también lecturas de las que tendremos también testimonios en las últimas décadas del siglo XVII, como la que Francisco de Portugal ofrece en su *Arte de galantería* (Lisboa, 1670):

Vino un caballero muy principal para su casa y halló su mujer, hijas y criadas llorando; sobresaltose y preguntoles muy congojado si algún hijo o deudo se les había muerto. Respondieron ahogadas en lágrimas que no. Replicó más confuso:

-Pues, ¿por qué lloráis?

Dijéronle:

-Señor, ¡hase muerto Amadís!

Sin olvidar el éxito de estas aventuras caballerescas en tierras americanas, como relata el portugués Francisco Rodríguez Lobo en su *Corte en aldea y noches de invierno*, publicada por primera vez en Lisboa en 1619:

En la milicia de la India, teniendo un capitán portugués cercada una ciudad de enemigos, ciertos soldados camaradas, que albergaban juntos, traían entre las armas un libro de caballerías con que pasaran el tiempo: uno d'ellos, que sabía menos que los demás de aquella lectura, tenía todo lo que oía leer por verdadero (que hay algunos inocentes que les parece que no puede haber mentiras impresas). Los otros, ayudando a su simpleza, le decían que así era; llegó la ocasión del asalto, en que el buen soldado, envidioso y animado de lo que oía leer, se encendió en deseo de mostrar su valor y hacer una caballería de que quedase memoria, y así se metió entre los enemigos con tanta furia y los comenzó a herir tan reciamente con la espada, que en poco espacio se empeñó de tal suerte, que con mucho trabajo y peligro de los compañeros, y de otros muchos soldados, le ampararon la vida, recogiénolo con mucha honra y no pocas heridas; y reprehendiéndole los amigos aquella temeridad, respondió:

-¡Ea, dejadme, que no hice la mitad de lo que cada noche leéis de cualquier caballero de vuestro libro!

Y él d'allí adelante fue muy valeroso⁵.

Valgan estos ejemplos y estas fechas para mostrar cómo los libros de caballerías, las historias narradas en sus más de ochenta títulos diferentes, en las centenares de reediciones que siguieron circulando durante el siglo XVII, por más que en esta centuria contemos con los dedos de la mano las ediciones impresas caballerescas (dejando a un lado, claro está, el éxito del libro de caballerías firmado por Miguel de Cervantes con el

⁵ Citamos a partir del libro de Irving A. Leonard, *Los libros del Conquistador* [1949], México, Fondo de Cultura Económica, 1953 (reimpresión de 1996). El texto en portugués puede leerse en el libro de Elisabetta Sarmati, *ob. cit.*, pp. 174-175.

título de *Don Quijote de la Mancha*), para darnos cuenta del éxito de un género, tanto editorial como narrativo, a lo largo de más de cien años.

3. CLAVES DE UN ÉXITO ANUNCIADO

Estos son algunos datos del éxito de la literatura caballeresca desde finales del siglo XV a las primeras décadas del XVII. Datos de un éxito que no conoció ningún momento de silencio. Datos que podrían completarse con su difusión exitosa por toda Europa. De la mano del rey Francisco I nació la traducción francesa de Nicolas Herberay des Essarts, que gozará de un enorme éxito en Francia, dando lugar a un nuevo modelo editorial, de corte renacentista; en Italia, gracias a la labor de Mambrino Roseo de Fabriano contamos no sólo con traducciones del ciclo de *Amadís de Gaula*, con algunas “aggiunte”, sino también con una continuación que llegó a sumar 13 nuevos libros, protagonizados por Sferamundi di Grecia y sus descendientes, que luego serían traducidos al francés y al alemán; y en esta última lengua, ya en el siglo XVII, contaremos con nuevas continuaciones, que también por estos años se traducirán al francés, sin olvidar la difusión y las continuas traducciones al holandés y al inglés. Y de estos ámbitos editoriales, las aventuras de Amadís de Gaula y de Oriana, y de tantos otros caballeros andantes, pasarán al universo de los tapices, de la música, de la pintura... Un universo que a partir del siglo XVII deberemos buscar en Francia su epicentro de difusión, más que en el cada vez más empobrecido y decadente imperio español.

Pero, ¿cómo fue posible que un género sobreviviera a los grandes cambios, tanto culturales como políticos, religiosos o económicos que van del Renacimiento al pleno apogeo del Barroco? ¿Qué elementos, qué claves nos permiten comprender la pervivencia de los libros de caballerías, de la que no hicieron gala otros géneros narrativos de la época, que gozaron de un determinado éxito y que vieron su estrella apagarse con el paso de los decenios, como así podemos comprobar con los libros de pastores o con la picaresca, que encontró en la reescritura barroca del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán en 1599 una segunda vida, después del primer triunfo del *Lazarillo de Tormes* a mediados del siglo XVI?

Algunas de estas claves hemos de situarlas en el plano económico, con esa estrecha relación con el mundo editorial, que ya hemos indicado. En este sentido, resulta más que curioso que, a partir de la década de los años sesenta del siglo XVI, cuando el imperio español de Felipe II ofrece los primeros síntomas de una decadencia económica,

que se concretará en las bancarrotas de los decenios posteriores, sean escasas las reediciones caballerescas en suelo hispánico, y sólo centradas en los títulos más exitosos, los que tenían (casi) asegurado un público, como el propio *Amadís de Gaula* de Garci Rodríguez de Montalvo. Ediciones realizadas cada vez en peor papel, es decir, con una menor inversión económica previa. Pero esta escasez de nuevas ediciones caballerescas impresas –que han sido entendidas como un claro ejemplo de la decadencia del género narrativo que no interesaba a una empobrecida nobleza-, en realidad son muestra de la decadencia de una industria editorial que no será capaz de asumir los retos editoriales del momento, como son los nuevos textos emanados del Concilio de Trento (terminado en 1563). A partir de este momento, vamos a ver la recuperación de un antiguo medio de transmisión de los textos caballerescos: la transmisión manuscrita, que nos ha dejado más de una docena de nuevas obras durante este período⁶. Pero esta explicación económica sólo nos ofrece una de las claves para explicar el éxito de un género, que, también por este mismo tipo de razones, mantuvo una forma editorial externa inalterable en su tiempo, desde las ediciones incunables hasta la tercera y cuarta parte del *Espejo de príncipes y caballeros* que se imprimió en Zaragoza en 1623: ediciones en formato folio, de una extensión media de 200 folios, impresa a dos columnas y con una portada característica, en que sobresale la figura de un caballero jinete.

Otra de las claves para entender el éxito de los libros de caballerías (y de la materia caballeresca en general) sería la capacidad de comunicación con el boato, el lujo, la diversión y la grandiosidad de las fiestas cortesanas que permitían al poder nobiliario mantener una supremacía que la realidad le iba acortando paso a paso. Entradas triunfales, desfiles, torneos, fiestas celebrando todo tipo de efemérides, nacimientos o bodas reales... se vestían de los atributos de los libros de caballerías y de ellas algunos autores de libros de caballerías obtenían las líneas maestras de su inspiración. En 1570, para celebrar la llegada de la reina Ana de Austria a la ciudad de Burgos, se realizaron varios actos, entre ellos una aventura caballeresca que tenía como intención mostrar un episodio del *Amadís de Gaula*⁷:

⁶ Véase José Manuel Lucía Megías, *De los libros de caballerías manuscritos al "Quijote"*, Madrid, Sial, 2004.

⁷ Cito por la "Relación verdadera del recibimiento que la muy noble y muy mas leal ciudad de Burgos, Cabeça de Castilla y Cámara de su Majestad hizo a la Majestad Real de la Reina nuestra señora, doña Anna de Austria, primera d'este nombre, passando a Segovia, para celebrar en ella su felicísimo casamiento con el rey don Felipe nuestro señor, segundo de este nombre", Burgos, Felipe de Junta, 1571, según el ejemplar de la Biblioteca Nacional de España: R/4969.

Antes que esta fiesta se comenzase, entró en la plaza la segunda merienda, que la ciudad dio a su Majestad, servida por las mismas personas que el día antes la llevaban, tuvo esta merienda doscientos platos, no menos diversos y curiosos, que habían sido los que el día antes se habían servido. Era la traza e invención de la fiesta de aquel día representar una parte de *Amadís de Gaula* de esta manera: embarcáronse en el galeón, dos galeras y fragata la reina Sardamira y el príncipe Salustanquidio, y otros romanos, con muy ricos vestidos, tocados y aderezos a la antigua, de tela de oro, terciopelos, y damascos muy bordados de telas, y pasamanos de oro y plata, y los bajeles llenos de caballeros muy bien armados, que después habían de tornear: y así entraron en la plaza, con tan grande triunfo y apariencia que se pudieran muy bien comparar a aquellas Naumaquias, o juegos navales, que los emperadores romanos en el tiempo pasado celebraron, con gastos tan excesivos como ingeniosos. Después de haber estas galeras dado vuelta a toda la plaza y hecho la salva y demostraciones que las galeras suelen hacer en semejantes efectos, llegaron a la ciudad de Londres, que era el edificio que al principio dijimos estar arrimado a las paredes de palacio; y habiendo primero entrado un truhán muy bien vestido, que declaraba el propósito de la representación, con un romance muy bien compuesto, estos romanos pidieron al rey Lisuarte y a sus consejeros, el rey Arbán de Norgales y don Grumedán a la infanta Oriana para el emperador Patín, su señor, y en el otorgarla Lisuarte, en contradicción de estos privados y en el cumplir su palabra, con la severidad y firmeza, que aquel libro pinta tener este personaje y en el rehusar Oriana este casamiento, y en los consuelos y esperanzas de Mabilia, y otros personajes le daban, y en estos graciosos entremeses, que en la comedia había, pasaban muy buenas cosas; al fin de las cuales, casi por fuerza, embarcaron en el galeón a Oriana y habiendo alzado las áncoras y partido de la ciudad, descubrieron la armada de las ocho galeras que se decían de la Ínsula Firme, y habiendo sabido esto por las atalayas, que a uso de mar en las gavias andaban, se aparejaron todos al combate, y abordando dos galeras con el galeón, y cuatro con las dos restantes, combatían los caballeros que pare el torneo iban armados, con mucha viveza. A este tiempo se hizo una gran batería y salva de la fortaleza y de más de ciento y cincuenta piezas, que cabe la plaza en lugar conveniente, y a ella muy cercano estaban, que pareció muy bien y muy a propósito de lo que en la plaza había (fols. 52v-53r).

Y no seguimos adelante aunque la fiesta termina con un torneo (“doce a doce”) y fuegos artificiales y nuevos platos para las damas. En esta fiesta encontramos reunidos casi todos las representaciones caballerescas en el mundo real: el recibimiento triunfal (en que destacarían los arcos y demás construcciones efímeras), los desfiles, en que los nobles y los del concejo disputarían por mostrar sus mejores galas, las “invenciones” y torneos (en ocasiones, no faltarían tampoco las fiestas de toros), así como los “entremeses”, las obras de teatro, sin olvidar los fuegos de artificio y los banquetes. Así se hacía en la realidad –a imagen y semejanza de lo leído en los libros de caballerías- y así se narraba, con todo lujo de detalles, en los textos caballerescos.

Y junto a estas dos claves externas al género caballeresco –de tipo económica y de tipo sociológico y político-, no hemos de olvidar la clave narrativa, la feliz fórmula que hace de este género la mejor expresión del género narrativo por excelencia, el que busca – y en el que se hace realidad- la máxima de una “novela total”. Y ya lo encontramos desde el principio, desde el texto fundacional: *Los cuatro libros compidos de Amadís de Gaula*.

A finales del siglo XV, en tiempos no muy lejanos a la toma de Granada por los Reyes Católicos, Garci Rodríguez de Montalvo⁸, regidor de la bulliciosa y comercial ciudad castellana de Medina del Campo, lleva a cabo la reelaboración de uno de los textos castellanos que más éxito y difusión gozó durante la Edad Media: el *Amadís de Gaula*; escrito a principios del siglo XIV y que durante sus dos primeros siglos de vida llegó a contar hasta con tres versiones diferentes, siendo la última, en tres libros, la que tuvo delante de sus ojos el medinés Montalvo⁹. Heredera de las aventuras de la Materia de Bretaña, el *Amadís* medieval se transformó de manera genial abriéndose a los nuevos tiempos renacentistas que vendrían a imponerse a lo largo y ancho del siglo XVI. Obra escrita en la madurez de una vida dedicada a los asuntos municipales. Obra en la que, si hacemos caso a lo escrito por Montalvo en el prólogo a la obra dedicado a los Reyes Católicos, estaban cifradas sus deseos de dejar fama y memoria de sí mismo después de su muerte:

E yo esto considerando, deseando que de mí alguna sombra de memoria quedase, no me atreviendo a poner el mi flaco ingenio en aquello que los más cuerdos sabios se ocuparon [*es decir, los libros de historia*], quísele juntar con estos postrimeros que las cosas más livianas y de menor substancia escribieron [*la ficción, en otras palabras*], por ser a él según su flaqueza más conformes, corrigiendo estos tres libros de *Amadís*, que por falta de los malos escritores, o componedores, muy corruptos y viciosos se leían, y trasladando y enmendando el libro cuarto con las *Sergas de Esplandián*, su hijo¹⁰.

Pero Garci Rodríguez de Montalvo no se quedó tan solo en “corregir” los tres libros dados de *Amadís*, en escribir un cuarto y en ofrecer la continuación de las *Sergas*, que ya de por sí, sería una labor digna de toda admiración y encomio. Garci Rodríguez de Montalvo fue más allá y supo crear de las “patrañas” medievales (es decir, las narraciones de aventuras caballerescas) un nuevo género: el de la “historia fingida”; un género con apariencia de “historia”, la más digna de las narraciones posibles, la que deja perpetua memoria de sus escritores, pero que narra las aventuras de personajes y no de héroes verdaderos... y para pasar de la “patraña” a la “crónica” se añade al texto

⁸ Sobre la figura histórica de Garci Rodríguez de Montalvo, véase el trabajo de Emilio Sales Dasí, “Garci-Rodríguez de Montalvo, regidor de la noble villa de Medina del Campo”, *Revista de Filología Española*, 79 (1999), pp. 123-158, así como los documentos aportados en la exposición *Caballeros y caballerías. 500 años de Amadís de Gaula*, Medina del Campo, Fundación Museo de Ferias, 2008.

⁹ Para más detalles sobre las vicisitudes del *Amadís de Gaula* medieval, además de la obra de Juan Bautista Avalle Arce, «*Amadís de Gaula*»: *El primitivo y el de Montalvo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990; puede leerse ahora Fernando Gómez Redondo, “La literatura caballerescas medieval: el *Amadís de Gaula* primitivo”, en José Manuel Lucía Megías (ed.), *Amadís de Gaula, 1508: quinientos años de libros de caballerías*, ob. cit., pp.

¹⁰ Cito por la edición de Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, Cátedra, 1987, pp. 223-224.

todo tipo de consejos y glosas que permite enseñar al que lo lee al tiempo que lo entretiene:

en los cuales cinco libros como quiera que hasta aquí más por patrañas que por crónicas eran tenidos, son con las tales enmiendas acompañados de tales ejemplos y doctrinas, que con justa causa se podrán comparar a los livianos y febles saleros de corcho, que con tiras de oro y de plata son encarcelados y guarnecidos, porque así los caballeros mancebos como los más ancianos hallen en ellos lo que a cada uno conviene (p. 225).

De esta manera, Garci Rodríguez de Montalvo sigue la estela narrativa de las obras artúricas, obras en que se acogían aventuras de todo tipo de naturaleza, a las que le añade ese ropaje (dorado) de los “ejemplos y doctrinas”, que lo engrandece, que permite una comunicación “directa” con el lector de cada momento. El gusto por las aventuras, el gozo por la ficción, los valores caballerescos que se defienden resultan universales, pero no así los ideales los que se ilustran y enriquecen en cada momento. Y así, de esta espléndida simbiosis entre el “corcho” y el “dorado”, entre lo que puede interesar al joven y al anciano, se descubre la fórmula narrativa genial que dio lugar a un ciclo exitoso y a uno de los géneros literarios más sorprendentes e imaginativos de todo el siglo XVI.

A partir de este momento, las aventuras caballerescas se multiplicaron y los autores terminaron por decantarse por hacer prevalecer uno de estos dos principios. Así, y sin salirnos del ciclo de *Amadís*, contamos con ejemplos de las dos tendencias: desde las más cercanas a una ideología religiosa cristiana, que intenta alejar de la imaginación y la fantasía de los lectores todo el entramado mágico y maravilloso de estos libros, otorgándole especial atención a los aspectos más religiosos y otorgándole mayor protagonismo a ermitaños y obispos tienen en las obras (como el *Florisando* de Páez de Ribera –libro VI- y el *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz –libro VIII-); a las propuestas más experimentales, que se irán decantando por primar las aventuras sobre la enseñanza, las estrategias narrativas frente a las ideológicas, como ponen de manifiesto las continuaciones de Feliciano de Silva (*Lisuarte de Grecia* –libro VII-, *Amadís de Grecia* –libro IX-, los cuatro libros de *Florisel de Niquea* –libros X-XI-), el autor que abrió el género narrativo de los libros de caballerías a posibilidades hasta entonces no imaginadas, en que tienen cabida tanto los relatos caballerescos como los pastoriles, tanto las lamentaciones poéticas de amor como los juegos sexuales nacidos del disfraz, de los juegos nacidos por el desconocimiento de la identidad de los personajes... En 1555 se publica en Zaragoza otro de los libros que tendrá una enorme repercusión en la

segunda mitad del siglo XVI: la primera parte del *Espejo de príncipes y caballeros* de Diego Ortúñez de Calahorra. En su prólogo ya se hace eco de la disparidad de modelos narrativos que existen a esta altura de su historia dentro del género de los libros de caballerías:

Bien que no es mi intento de loar agora todo el recuaje de libros de caballerías que están escritos, porque no es menos sino que hay algunos que no hay en ellos alegoría ni moralidad alguna de que el lector se pueda aprovechar, compostura ni elocuencia de que se pueda recibir algún sabor, lo cual creo que ha seído causa que cada día crece el número de los poetas¹¹.

En su texto, su autor sigue de cerca la máxima del *Amadís de Gaula*, ese enseñar deleitando, aunque a estas alturas del siglo, los lectores ya no buscan en estos libros una fuente de información práctica de su vida caballeresca como un medio agradable de entretenimiento, en que se le pueda además dar a conocer algunos principios básicos del universo caballeresco. Así lo indica Diego Ortúñez de Calahorra en su prólogo dedicado a don Martín Cortés, Marqués del Valle:

Y así yo [...] he traducido un libro intitulado *Espejo de príncipes y caballeros*, que es la primera parte de las historias de Trebacio, el cual, de más de parecerme que será agradable su lectura, tiene alguna moralidad que a vueltas de las historias no será tan enojosa cuanto provechosa para el que lo leyere. (p. 16).

Este será el modelo narrativo, el género que querrá rescatar y la plantilla sobre la que escribe Miguel de Cervantes la primera parte de su *Don Quijote*. Lo vemos a cada paso y sobre todo en el capítulo XLVII de la *Primera parte*, en que, en boca del canónigo de Toledo, que había escrito más de cien folios de un libro de caballerías, defiende el género caballeresco con los siguientes argumentos:

hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, descubriendo naufragios, tormentas, rencuentros y batallas; pintando un capitán valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo o disuadiendo a sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ahora un alegre y no pensado acontecimiento; [...]

-Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible a la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida, que después de acabada tal perfección y hermosura muestre, que

¹¹ Cito por la edición de Daniel Eisenberg, Madrid, Espasa Calpe, 1975, p. 14.

consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho. Porque la escritura desatada d'estos libros da lugar a que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria: que la épica tan bien puede escrebirse en prosa como en verso (p. 478).

Se recuperan aquí, en el magnífico libro de caballerías que es el *Quijote*, algunos de los principios narrativos que habían regido la refundición del *Amadís de Gaula* a principios del siglo XV. Un siglo después, Cervantes le da nueva vida al género caballeresco volviendo a sus orígenes, recuperando algunas de las lecciones mejor aprendidas después de haberse leído la mayor parte de los textos caballerescos accesibles en la época. Un género abierto, una “novela global”, en que para no caer en los desmanes de los libros de entretenimiento caballeresco, los que empezaban a triunfar en los tiempos de Diego Ortúñez de Calahorra y que serán el modelo que gozará de mayor predicamento en la segunda mitad del siglo XVI, en que ni se guarda la verosimilitud (aspecto esencial en toda historia) ni tampoco se adorna la narración con ningún tipo de enseñanza, sino todo lo contrario. Una buena descripción de estos libros de caballerías de entretenimiento, que nada tiene que vez con *Amadís* ni con el *Quijote*, la ofrece José de Sigüenza en su *Historia de la orden de San Jerónimo*, publicada en 1600, y que son muy parecidas a las críticas a este tipo de relato caballeresco en boca del canónigo de Toledo en el citado capítulo 47 de la obra cervantina:

[...] lea libros de caballerías donde todo es encantamientos, gigantes, cuchilladas, marañas de amores, todo lleno de disparates, mentiras mal hilvanadas y mal dichas¹².

Y junto a estas claves, a estas razones que hemos ido desgranando en las páginas precedentes, razones económicas, políticas, sociológicas y narrativas, es el momento de terminar con la que enlaza el *Amadís de Gaula*, el género de los libros de caballerías con el siglo XXI. ¿Qué es lo que hace universales las aventuras caballerescas, las de *Amadís*, la de tantos otros caballeros andantes de los libros de caballerías? Ni su relación con su tiempo ni las claves narrativas, que han sido superadas por la lección del *Quijote* y los hallazgos de sus lectores ingleses, franceses y alemanes. Lo que sigue haciendo universal el *Amadís*, hoy en el siglo XXI como así sucedía en el siglo XVII es la defensa de los valores universales de la caballería. El héroe se convierte en paradigma de unos valores universales; el caballero se arma con

¹² Cito por Elisabetta Sarmati, *ob. cit.*, p. 170.

las armas del poder, coraje y la esperanza para triunfar en las aventuras gracias a su deseo, a ese “querer” que aparece reflejando en una de las magníficas ilustraciones que adorna el *Caballero determinado* de Olivier de la Marche, según la traducción de Fernando de Acuña.



Imagen 1: Fernando de Acuña (trad.), Olivier de la Mache, *El Caballero determinado*, BNE: ms. 1475

Virtudes las de los caballeros andantes que se hacen cuerpo en las acciones de Amadís de Gaula y de sus descendientes, y en la de tantos otros protagonistas de libros de caballerías. Virtudes que Juan Díez escribe en el capítulo 12 de su *Lisuarte de Grecia* (1526) cuando quiere que el Papa revoque la ley que prohíbe la caballería andante en Bretaña, desde los tiempos del *Florisando* de Páez de Ribera:

Pues sepa agora, Vuestra Santidad, en qué se ejercitaban los caballeros andantes de Bretaña y su fortaleza: en defender las doncellas, amparar las viudas, ayudar a los pobres y espunar los tiranos, desfacer los tuertos y agravios que los malos hombres hacían, dar a cada uno lo que suyo era; no robaban, no tomaban parte de despojo y, si algunos malos lo contrario facían, nunca carecían de enmienda; y si los mataban, justo era que muriesen pues mal vivían porque los otros viviesen en paz, porque aquél que mata los malos por su maldad ministro es de Dios, si aquel poder tiene de quien lo mismo podía hacer como hacían los caballeros de permisión de los reyes en otros tiempos; y no eran ende homicidas, porque en las armas lo que se reprehende es la codicia de señorear los robos, la poca piedad de los corazones, lo que muy pocas veces se hallaba en los tiempos pasados en los otros caballeros, mas antes dejar los señoríos y riquezas por seguir las armas y sobir a la virtud perdonando a los vencidos, derribando y apremiando a los soberbios, tomando por fundamento de sus proezas lo que dice Santo Agustín, que cerca de los católicos y amigos de Dios las batallas son muy justas, cuando por tener más paz, por constreñir y castigar los malos y levantar los apremiados y mezquinos se hacen. Pues agora así lo debe Vuestra Santidad de permitir, endemás en Bretaña que no tiene otras leyes en esto salvo esta costumbre que se guarda (cap. XII, f. xx)^v)¹³.

Ayuda a los más desfavorecidos, ataque a los tiranos, a los soberbios, a aquellos que sólo miran su propio beneficio personal; justos en el reparto de los botines y ausencia de una búsqueda del enriquecimiento personal. Virtudes todas ellas que, traspasadas al siglo XXI, son el ideario de algunos de los movimientos sociales más influyentes de nuestro tiempo. Estos mismos ideales eran los defendidos por Miguel de Cervantes en su don Quijote, con los que aún podía salvarse su tiempo. Ante la reiterada duda de Lorenzo, el hijo del Caballero del Verde Gabán en la segunda parte del texto cervantino, de que ni existieron y existen en su momento caballeros andantes, es decir, héroes que se mueven por algo más que por sus beneficios personales, a don Quijote no le queda más que suspirar y contestarle con estas palabras:

-Muchas veces he dicho lo que vuelvo a decir ahora -respondió don Quijote-: que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y, por parecerme a mí que si el cielo milagrosamente no les da a entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en

¹³ Cito por Emilio José Sales Dasí, “Juan Díaz, *Lisuarte de Grecia*”, en José Manuel Lucía Megías (ed.), *Antología de los libros de caballerías castellanos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001, p. 41.

vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme ahora en sacar a vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es el rogar al cielo le saque dél, y le dé a entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usaran; pero triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo. (II, cap. 18)

Esta es la lección que aún pueden darnos los libros de caballerías, con el *Amadís de Gaula* a la cabeza, en el siglo XXI: mostrarnos un mundo en que los ideales caballerescos, los ideales universales de la caballería andante, todavía puede hacerse realidad. Un cambio total de paradigma, como se ha dado con el propio don Quijote, que ha dado lugar a una entrada en nuestro diccionario, cuyo significado se ha llenado de valores positivos con el tiempo. Y así de ser considerado en 1737: “Quixote: Se llama al hombre ridículamente serio, o empeñado en lo que no le toca. Lat. *Ridiculus homo*”¹⁴; hoy en día es definido por el DRAE como “Hombre que antepone sus ideales a la conveniencia y obra desinteresada y comprometidamente en defensa de causas que considera justas, sin conseguirlo”. Amadís de Gaula, el Amadís de Gaula del siglo XXI sí que está en posición de vencer en estas nuevas empresas caballerescas a favor de las causas justas. Tan solo nos queda a nosotros ser capaces de crear un nuevo texto, de refundir el ideado por Garci Rodríguez de Montalvo a finales del siglo XV, para así adaptarlo a los nuevos retos, las nuevas preguntas del siglo XXI, que seguramente hallarán muchas respuestas en los valores caballerescos, que son universales.

¹⁴ Cito por *Cuatrocientos años de don Quijote por el mundo*, 2005, p. 106.

Apéndice 1

Listado de libros de caballerías castellanos (ordenados cronológicamente)¹⁵

1. *Amadís de Gaula* (ciclo Amadís: I-IV) de Garci Rodríguez de Montalvo (h. 1496 → 1508)
2. *Baladro del sabio Merlín* (1498)
3. *Oliveros de Castilla* (1499)
4. *Tristán de Leonís* (1501)
5. *Adramón* (ms. de principios del siglo XVI)
6. *Marsindo* (ms. de principios del siglo XVI)
7. *Las sergas de Esplandián* (ciclo Amadís: V) de Garci Rodríguez de Montalvo (h. 1496 → 1510 → 1521)
8. *Florisando* (ciclo Amadís: VI) por Ruy Páez de Ribera (1510)
9. *Renaldos de Montalbán* (libros I-II) de Luis Domínguez (1511 → 1523)
10. *Tirante el Blanco* (1511)
11. *Palmerín de Olivia* de ¿Francisco Vázquez? (1511)
12. *Primaleón* (ciclo de Palmerín: II) de ¿Francisco Vázquez? (1512)
13. *Guarino Mezquino* (1512)
14. *La Trapesonda* (libro III de *Renaldos de Montalbán*) (1513 → 1533)
15. *Lisuarte de Grecia* (ciclo Amadís: VII) de Feliciano de Silva (1514 → 1525)
16. *Demanda del santo Grial* (1515)
17. *Floriseo* (libros I-II) de Fernando Bernal (1516)
18. *Polindo* (1516)
19. *Arderique* (1517)
20. *Clarián de Landanís* (ciclo Clarián: primera parte, libro I) de Gabriel Velázquez de Castillo (1518)
21. *Claribalte* de Gonzalo Fernández de Oviedo (1519)
22. *Leoneo de Hungría* (1529) [perdido]
23. *Lepolemo (El Caballero de la Cruz)* de Alonso de Salazar (1521)
24. *Clarián de Landanís* (ciclo Clarián: primera parte, libro II) de Álvaro de Castro (1522)
25. *Clarián de Landanís* (ciclo Clarián: libro III) de Jerónimo López (1524)
26. *Reimundo de Grecia* (libro III de *Floriseo*) de Fernando Bernal (1524)
27. *Espejo de caballerías* (libro I) de Pedro López de Santa Catalina (1525)
28. *Lisuarte de Grecia* (ciclo Amadís: VIII) de Juan Díaz (1526)
29. *Espejo de caballerías* (libro II) de Pedro López de Santa Catalina (1527)
30. *Lidamán de Ganail* (ciclo Clarián: cuarta parte) de Jerónimo López (1528)
31. *Florindo* de Fernando Basurto (1530)
32. *Amadís de Grecia* (ciclo Amadís: IX) de Feliciano de Silva (1530)
33. *Félix Magno* (libros I-II) (1531 → 1543)
34. *Félix Magno* (libros III-IV) (1531 → 1543)
35. *Florambel de Lucea* (partes I-II) de Francisco de Enciso Zárate (1532)
36. *Florambel de Lucea* (parte III) de Francisco de Enciso Zárate (1532)
37. *Florisel de Niquea* (ciclo Amadís: X: partes I-II) de Feliciano de Silva (1532)
38. *Platir* (ciclo de Palmerín: III) de Francisco de Enciso Zárate (1533)

¹⁵ Retomo aquí el listado publicado en otros estudios (por ejemplo en José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales Dasí, *Libros de caballerías castellanos*, Madrid, Síntesis, 2008), en que junto a los textos impresos, se han añadido los que se han conservado de manera manuscrita, así como las ediciones perdidas, pero del que tenemos una cierta seguridad de que llegaron a imprimirse.

39. *Morgante* (libro I) de Jerónimo Aunés (1533)
40. *Tristán el Joven* (ciclo de Tristán: II) (1534)
41. *Lidamor de Escocia* de Juan de Córdoba (1534)
42. *Lucidante de Tracia* (1534) [perdido]
43. *Florisel de Niquea* (ciclo Amadís: XI: parte III) de Feliciano de Silva (1535 → 1546)
44. *Morgante* (libro II) de Jerónimo Aunés (1535)
45. *Valerián de Hungría* de Dionís Clemente (1540)
46. *Baldo* (libro IV de *Renaldos de Montalbán*) (1542)
47. *Philesbián de Candaria* (1542)
48. *Cirongilio de Tracia* de Bernardo de Vargas (1545)
49. *Belianís de Grecia* (ciclo Belianís: partes I-II) de Jerónimo Fernández (1545 → 1547)
50. *Cristalián de España* de Beatriz Bernal (1545)
51. *Florando de Inglaterra* (libros I-II) (1545)
52. *Florando de Inglaterra* (libro III) (1545)
53. *Silves de la Selva* (ciclo Amadís: XII) de Pedro de Luján (1546)
54. *Don Roselao de Grecia* (libro III de *Espejo de caballerías*) de Pedro de Reinoso (1547)
55. *Palmerín de Inglaterra* (libro I) (1547)
56. *Palmerín de Inglaterra* (libro II) (1548)
57. *Florambel de Lucea* (parte IV) de Francisco de Enciso Zárate (ms. anterior a 1549)
58. *Taurismundo* (1549) [perdido]
59. *Floramante de Colonia* (ciclo Clarián: segunda parte) de Jerónimo López (1550)
60. *Florisel de Niquea* (ciclo Amadís: XI: parte IV, libro 1) de Feliciano de Silva (1551)
61. *Florisel de Niquea* (ciclo Amadís: XI: parte IV, libro 2) de Feliciano de Silva (1551)
62. *Espejo de príncipes y caballeros* (I) de Diego Ortúñez de Calahorra (1555)
63. *Felixmarte de Hircania* de Melchor Ortega (1556)
64. *Leandro el Bel* (ciclo Lepolemo: libro II) de Pedro de Luján (1563)
65. *Olivante de Laura* de Antonio de Torquemada (1564)
66. *Febo el Troyano* de Esteban Corbera (1579)
67. *Belianís de Grecia* (ciclo Belianís: partes III-IV) de Jerónimo Fernández (1579)
68. *Espejo de príncipes y caballeros* (II) de Pedro de la Sierra (1580)
69. *Espejo de príncipes y caballeros* (III[-IV]) de Marcos Martínez (1587)
70. *Belianís de Grecia* (ciclo Belianís: parte V) de Pedro Guiral de Verrio (ms. de finales del XVI)
71. *Bencimarte de Lusitania* (varios ms. de finales del siglo XVI)
72. *Caballero de la Luna* (libros III-IV) (ms. finales siglo XVI)
73. *Claridoro de España* (ms. principios del siglo XVII)
74. *Clarís de Trapionda* (fragmento ms. finales del siglo XVI)
75. *Clarisel de las Flores* de Jerónimo de Urrea (varios mss. finales siglo XVI)
76. *Filorante* (ms. de finales del siglo XVI)
77. *Leon Flos de Tracia* (ms. finales del siglo XVI)
78. *Lidamarte de Armenia* de Damasio de Frías y Balboa (ms. de finales del XVI)
79. *Mexiano de la Esperanza* (primera parte) de Miguel Daza (ms. de finales del XVI)

80. *Polismán* de Jerónimo de Contreras (ms. finales del siglo XVI)
81. *Selva de Cavalarias famozas* (segunda parte) de Antonio de Brito da Fonseca (mss. de finales del siglo XVI)
82. *Flor de caballerías* de Francisco de Barahona (ms. de h. 1599)
83. *Policisne de Boecia* de Juan de Silva y Toledo (1602)
84. *Quijote de la Mancha* (primera parte) de Miguel de Cervantes (1605)
85. *Quijote de la Mancha* (segunda parte) de Alonso Fernández de Avellaneda (1614)
86. *Quijote de la Mancha* (segunda parte) de Miguel de Cervantes (1615)
87. *Espejo de príncipes y caballeros* (v) (ms. posterior a 1623)